

Al bajar distinguió sobre la arena la huella de un pié cuya imágen, preciso es decirlo, llevaba él grabada en el corazón. Aquella graciosa señal, que repitiéndose en la arena, iba á perderse bajo la sombra de un bosquecillo inmediato, decia claramente que la Marquesa acababa de pasar por allí, dejando á los ojos de Miguel por lo ménos, en las señales de su planta, la gallardía de sus movimientos.

Siguiendo el rastro, llegó al bosquecillo, donde las pisadas no se detenian, tomando una de las calles más ocultas entre los árboles, que dando caprichosas vueltas iba á parar al extremo opuesto del jardin y al pié precisamente de la ventana que daba al cuarto de Miguel..... La Marquesa habia llegado allí, allí estaba impreso el contorno de su pié; y es más, por la posicion de la huella podia presumirse que se habia empujado, como queriendo ver al traves de los vidrios de la ventana.

Habia estado allí la Marquesa..... ¡qué felicidad!..... pero no la habia visto..... ¡qué desesperacion! Un niño al cual se le escapá-

ra el codiciado pájaro que habia tenido entre las manos podria comprender lo que pasó por el alma de nuestro héroe al verse, digámoslo así, con las plumas en la mano del pájaro que acababa de huir sin ser visto.

Las huellas detenidas al pié de la ventana seguian despues, marcándose en otra calle, extinguiéndose completamente cerca del pabellon.....

De esta manera transcurrieron quince dias como un sueño en el que tenemos siempre delante lo que nunca podemos asir. La Marquesa era una especie de sombra que aparecia y se disipaba para volver á aparecer y volver á disiparse..... Era el suplicio de Tántalo, en el que la esperanza, siempre presente, avivaba y encendia el deseo, nunca satisfecho.

Miguel saboreaba estas acerbas dulzuras, y era tan feliz, que estaba á punto de volverse loco; por todas partes encontraba á la Marquesa sin hallarla en ninguna..... Sus cartas apasionadas, escritas unas veces con mal contenido abandono y otras con mal disimulada reserva, en letra precipitada, como si la mano se apresurára á confiar al papel

secretos sorprendidos en el fondo del alma, con frases sin concluir, con palabras borradas, y hasta manchado el papel en determinados lugares con sombras que pudieran muy bien tomarse por huellas de lágrimas, causaban en Miguel las más profundas emociones.

Las leía mil veces, interpretando los pasajes oscuros de mil maneras, buscando en la indecisión de un rasgo el temblor de la mano, llenando los puntos suspensivos con ardientes revelaciones, leyendo, en fin, las palabras borradas, ó adivinándolas. La Marquesa, pues, absorbía las tres potencias de su alma; era dueña de su memoria, de su entendimiento y de su voluntad; para ella eran sus recuerdos, sus pensamientos y sus deseos..... La imagen de Magdalena se desvaneció por completo en su corazón y no volvió á aparecer más en su memoria.

Resolvióse á pedir una entrevista, y después de rasgar muchas cartas, escribió una, reducida á esta pregunta:

«¿Cuándo?.....»

Á las veinte y cuatro horas tenía la res-

puesta en la mano..... pero ¡qué respuesta! Decía así:

«Mañana.»

Áun no había amanecido y ya estaba Miguel en el jardín, esperando la hora, una hora que no sabía cuál era. Para no perder ni un minuto, se colocó cerca de la puerta del pabellón, y reclinándose en el tronco de un árbol, esperó con los ojos clavados en la puerta, que, como los demás días, se hallaba entornada.

Cansado, no de esperar, sino de la posición en que se hallaba, dió algunos paseos á lo largo de la calle que se tendía delante del pabellón, paralela á la estufa, yendo, por último, á sentarse en uno de los bancos de piedra de un bosquecillo inmediato.

Puso los codos sobre la rodillas y apoyó la barba entre las manos.

Era ésta la actitud más natural en un hombre agobiado por el peso de un pensamiento fijo; mas debemos convenir en que no era la más artística, la más poética para un hombre que espera la hora ignorada de una cita misteriosa, y que, por consiguiente,

de un momento á otro podia encontrarse en presencia del objeto de su cariñoso culto.

Algo de esto debió ocurrirle, pues quiso mudar de posicion, tomando diversas actitudes, sin que ninguna llegára á satisfacerle: buscaba la naturalidad por medio de la afectacion, y no encontraba esa gracia espontánea cuyo secreto sólo poseen los grandes artistas.

Cuando creyó que habia dado en el *quid*, notó que sus ojos se oscurecieron de improviso, como si una venda los cegára oprimiendo los párpados; venda que por lo suave debia ser de seda.

Si hubiera podido verse habria encontrado sobre sus ojos dos manos sonrosadas, al mismo tiempo que detras de él, casi apoyando la barba en su cabeza, un semblante casi de niña apretaba graciosamente los labios, pudiendo apénas sujetar en ellos el impulso de una carcajada.

En la imposibilidad de alzar los párpados bajo la suave presion de los dedos que los oprimian, abrió la boca y dijo:

—O sueño..... y sería una crueldad despertarme, ó me ciega lá que es la luz de mis ojos.

Cayó la venda, y Miguel se encontró, textualmente en un abrir y cerrar de ojos, delante de la Marquesa, que lo miraba con aquella sonrisa con que Júpiter serenaba los cielos y disipaba las tempestades.

—¡Señora!..... exclamó al verla.

—¡Señora!..... repitió ella con infantil enojo..... Señora..... Señora.....

—¡Luisa!..... dijo entónces Miguel.

—Eso sí..... Luisa es mi nombre.

—¡Luisa mia!..... añadió juntando las manos en ademan de súplica.

—No tanto, caballero, replicó ella, desmintiendo la gravedad de las palabras con la viveza de la mirada..... No tanto..... somos unos locos que debemos tener mucho juicio.

—¡Juicio!..... exclamó él.

—Sí, amigo mio, juicio, repitió la Marquesa suspirando.

—Tendré juicio aunque no pueda tenerlo.

Luisa apoyó entónces su brazo en el brazo de Miguel, y ambos se internaron silenciosos en la espesura de la calle de árboles que se abria delante de ellos.

Con la misma curiosidad que una niña al oír por primera vez una palabra pregunta de improviso qué es lo que significa, de la misma manera, con la misma candidez, con la misma imperturbabilidad, alzó repentinamente sus hermosos ojos, preguntando:

—¿Qué es el amor?

—La vida, contestó Miguel.

—¿De manera, volvió á preguntar Luisa con cierta ansiedad, que acabará con la muerte?

—No, no acaba con la muerte, porque no es la vida del cuerpo.

—Es verdad..... es la vida del alma, la sangre inmortal que en ella circula, el calor inagotable que la anima, el fuego divino que la enciende; ¿no es esto?

—Sí, Luisa, eso es.

—Me parece á mí, añadió Luisa, que es como el cielo, que todo lo llena, que todo lo alumbra, que todo lo embellece, que todo lo fecunda; que tiene, como el cielo, ardientes tempestades, días de sol y noches misteriosas, y que, como el cielo, no tiene límites, y que es siempre el mismo, porque no

hay más que uno, porque no hay más que un amor, como no hay más que un cielo. ¿Es así?

—Así..... así, contestó Miguel..... así lo siento, así lo llevo en mi alma.

Soltó Luisa el brazo en que iba apoyada, é inclinándose cogió una hermosa flor que abría sus hojas aterciopeladas al sol de mediodía, la acercó á su boca, no se sabe si para aspirar su perfume ó para besarla; luego se la presentó á Miguel, diciendo:

—¿Qué tal?

Miguel exclamó al tomarla:

—¡Ah! es un pensamiento precioso.

—¿Sí?..... pues es el mio.

La flor recibió en sus hojas un nuevo beso, porque si la Marquasa no la besó, quiso besarla. En estas cosas con la intencion basta, con tal de que la intencion sea conocida.

Dieron la vuelta y llegaron al pié del pabellon. Allí se detuvieron, y levantando Luisa el brazo señaló á Miguel la calle que conducía á su habitacion; pero esta órden muda en que le decía *véte*, iba acompañada de una sonrisa que quería decir *no te vayas*.

—¡Tan pronto!..... exclamó él.

—Sí, dijo ella bajando los ojos.

—¿Apénas ha amanecido y ya ha de oscurecer?

—Es preciso, contestó la Marquesa, que las horas sean breves y los días cortos.

—¿Para qué?.....

—¡Ah! exclamó con risueña tristeza, para que las horas no se hagan largas y los días pesados.

Al decir esto, habia subido los dos primeros peldaños de la escalinata que conducia á la puerta del pabellon, y Miguel se inclinó como quien se somete contra toda su voluntad, diciendo:

—Es muy cruel esto.

Entónces sintió sobre su cabeza las manos de Luisa, que le oprimian las sienes, y le pareció que habia tocado á su frente un soplo, cuyo dulce y suave calor llegó á su alma, causándole una especie de vértigo que oscureció sus ojos..... Esto pasó como un relámpago; mas cuando levantó la mirada vió que la Marquesa habia desaparecido.

Volvieron á verse al dia siguiente, y aque-

llas solitarias alamedas (aunque no eran de álamos) fueron testigos de sus íntimas conversaciones, que no puedo referir, porque si las paredes oyen, los árboles son sordos y nada han podido contarme. Sin embargo, sé que estas escenas se repitieron, y que llegó un dia en el que Luisa, más alegre que nunca, cogió á Miguel de un brazo, lo sentó en un banco de piedra, se sentó junto á él, y cruzando las manos y apoyándolas, ó mejor dicho, colgándolas del hombro del jóven, le dijo:

—Cuéntame tu vida.

—Mi vida, dijo Miguel, es una historia muy larga que no tiene más que un capítulo, y ese capítulo no tiene más que una palabra.

—¿Qué palabra? preguntó la Marquesa.

—Una bella palabra, contestó Miguel.

—¿Cuál?

—Luisa.

—Oh, es muy larga, exclamó, y muy vaga; cualquiera mujer puede ser Luisa.

—Entónces la haré más breve, dijo él; la reduciré á una sola sílaba.

—Veamos.

—Tú..... hé ahí toda mi vida.

Miguel sintió al rededor de su cuello los brazos de la Marquesa, pero aquello fué ver y no ver; al mismo tiempo que los sintió dejó de sentirlos, y pensando en ello, casi creyó que no los habia sentido.

Los notas del piano le advirtieron que la Marquesa estaba en el pabellon y se atrevió á subir y se atrevió á entrar..... Luisa lo recibió sentada delante del piano y cantando á media voz la magnífica frase con que Norma le dice á Polion que al fin lo tiene entre sus manos.

Dió la Marquesa rienda suelta á los prodigios de su voz, y las cuerdas, estremeciéndose bajo sus dedos, gemian, llenando el aire de dulces modulaciones.

Cuando Miguel volvió á su cuarto ya era casi de noche: llevaba una carta en la mano, y él mismo encendió luz para leerla.

Era un billete litografiado, en el cual la Marquesa lo invitaba á asistir á la fiesta que al día siguiente daba á sus amigos.

CAPÍTULO III.

Empieza la araña á tejer de nuevo su tela.

Sorprendido el gran mundo con la noticia intempestiva de la fiesta con que la Marquesa abria de par en par sus salones despues de un mes de inexplicable clausura, se agitó disponiéndose, como ya he dicho, á desplegar todo el lujo que la novedad del caso requería.

En veinte y cuatro horas no es fácil perfeccionar *toilettes* deslumbradoras que causen sensacion y sean un día por lo ménos motivo de entusiasmo en las columnas de los periódicos; pero si no era fácil *confeccionar* en tan poco tiempo conjuntos de detalles nuevos y sorprendentes, era posible; y las modistas y los peluqueros, las doncellas y